SE SUSCRIBE
Cartagena despacho de Liberato Montells.
Provincias corresponsales A. Saavedra.

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS.
Cartagena un mes 2 pets trimestre 6 id. Provincias 7'50 id. anticipados y comunicados á precios convencionales.

AÑO XX.—NÚM. 5779 | 6 DE SETIEMBRE DE 1880. | REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lúnes 6 de Setiembre de 1880.

UNA TRADICION CARTAGENERA.

BIENVENGUD EL BUENO.

—o—

(CONCLUSION.)

Se habia empeñado el caballero en unirse al sargento mayor en el convento de San Ginés de la Xara, en la noble esperanza de que esta union seria suficiente para obligar á los piratas á reembarcarse en sus naves, librando por este medio á los infelices campesinos de la desolacion que ya empezaban á sentir.

Bien se alcanzaba á Bienvengud lo arriesgado de aquella empresa, acometida con tan exíguas fuerzas, pero contaba con Dios y con el indomable esfuerzo de su brazo y el de sus bravos compañeros.

Seguro estaba, que de salir el escuadron de hidalgos todo entero, habria de dar buena cuenta de los piratas berberiscos, pero temblaba ante la idea de lo que podria suceder en Cartagena sin la presencia de aquellos, una vez amotinada la plebe y disgustados los ciudadanos. Un choque entre estos y los voluntarios á guerra podria traer una catástrofe, hallándose, como se hallaban los esclavos de las Casas Reales dispuestos á sacudir á toda costa el yugo de la esclavitud.

En vista de tales peligros y de los que amenazaban inminentemente á los campesinos, al sargento mayor y á los monges de San Ginés, Bartolomé de Bienvengud que poseia un alma heróica, ahogó los gritos de su corazon y resolvió sacrificarse.

¿Merece elogios su conducta, ó deberá considerarse como un rasgo temerario hijo del orgullo de raza?

Sea de esto lo que quiera, si el hidalgo sacrificaba los más santos deberes de familia, en cambio se hacia instrumento de salvacion para innumerables infelices.

Si en alguna ocasion puede justificarse un falso sentimiento, en la que describimos, Bartolomé de Bienvengud merece nuestros plácemes.

¡Bendito sea el orgullo que tales frutos proporciona!

El pequeño escuadron llegó á los Roches Nuevos.

Gritos de espanto y de dolor resonaron cercanos, hiriendo los oidos de los hidalgos que avanzaban.

Bartolomé de Bienvengud refrenó su caballo y dió la voz de alto.

Hagamos conocer á los lectores la causa de aquellos dolorosos gritos.

No léjos del lugar en que habian suspendido su marcha los hidalgos, y á orillas del camino que seguian, un vetusto edificio alzaba sus paredes que decoraban dos escudos surmontados por heráldicas coronas. En el mármol de aquellos escudos mostrábanse grabados los timbres nobiliarios de los duques de Escalona, y los de la invicta familia de Fajardo, cuyos eran los marquesados de los Velez y Molina.

Aquel antiguo edificio, quo pocos años despues se convirtió en posada, estaba destinado á la mayordomía del señorio de los Alumbres Nuevos, que pertenecia á las antedichas poderosas casas.

Pero Minguez Inglés, más conocido por el Rico, desempeñaba la mayordomía del señorio y habitaba el referido edificio en compañía de una hija doncella, que alcanzaba fama de garrida en una legua á la redonda.

En medio de su espectacion, los hidalgos vieron á un anciano que huia despavorido de los berberiscos con direccion á donde se encontraban.

Era un antiguo servidor de Pero Minguez, el cual llegó á refugiarse entre los ginetes en un estado lastimoso.

Despues de serenarse un tanto informó á los hidalgos de lo que sucedia á sus amos.

Oigamos los informes del anciano.

"Un grupo de piratas habia invadido su morada.

"Despues de maltratarlos rudamente, el jefe de la *thaifa* se apoderó de la gentil doncella demostrando con sus groseros alardas de satisfaccion la suerte que esperaba á la infeliz.

"El desdichado padre ofreció al jefe moro una respetable suma de dinero por el rescate de su hija.

"El codicioso pirata ofreció á su vez á Pero Minguez la libertad de la doncella mediante aquella suma, que asegura á aquel tenia escondida.

"Minguez impuso condiciones para la entrega del dinero. Deberia dejarse á su hija en libertad de marchar á Cartagena, acompañada por un criado de su confianza, y cuando aquel tuviese la seguridad de que se hallaba á salvo entregaria el dinero.

"El pirata, que sin duda se habia propuesto burlar á Pero Minguez, rehusó tan razonables condiciones y mandó atormentarle para que descubriera el sitio en que guardaba el oro.

"Negóse Minguez tenazmente á entregar el dinero, asegurando al pirata que sus promesas eran vanas; que eran solo un engaño para salvar á su querida hija.

"Convencido se hallaba el ya morisco y dispuesto á marchar á continuar su correría llevándose cautivos á la doncella y á su padre, cuando un morisco bautizado, esclavo del señorio, que hacia oficio de muletero y que pocos dias antes habia sido castigado por el mayordomo, afirmó al jefe de la thaifa que pocos dias ántes habia conducido él mismo una gran suma de dinero, producto del cargamento de unos buques franceses qus habian embarcado *axeve* (1) en Escombreras, y que estaba seguro de que el mayordomo no la habia remitido á sus señores.

"Un rugido de fiera se escapó de los lábios del bandido y ordenó á sus secuaces que atormentáran al anciano hasta que declarase ó rindiera la vida á los dolores del tormento.

"En tanto, la doncella, cual delicada flor que sorprende el *sirocco* en su pensil, yacía agostada mortalmente entre los codiciosos brazos del pirata."

Tal fué la relacion que hizo el anciano.

Cuando esta terminó los lamentos de Minguez á duras penas se sentian. Sin duda estaba á punto de morir.

Entonces, cediendo á un sentimiento generoso, volvióse Bienvengud al escuadron y,

—¿Estais dispuestos á seguirme?—preguntóles,—es preciso salvarlos.

Los caballeros vacilaron. Era una empresa temeraria aquella.

(1) Alum ó sea sulfato de alumina, que en grandes cantidades se extraian en aquel tiempo de las minas de los Alumbres.

Uno de los hidalgos preguntó al fugitivo:

¿Son muchos los piratas? ¿se encuentran bien armados?

—Serán como doscientos y van armados de mosquetes,—le contestó el anciano.

—Cundió el terror entre las filas del menguado escuadron.

—¡Por mi vida que os creia de mi sangre!—gritóles Bienvengud con una voz de trueno que llegó á los piratas,—y continuó resuelto,—yo solo, pues, intentaré la empresa. Me llamo Bienvengud, me encuentro ante piratas y escucho los lamentos de un cristiano. Para morir con honra me basto yo, señores y parientes mios.

Tendió la lanza Bienvengud y se dispuso á arremeter.

Entónces se le acercó su hermano.

—Os encontrais resuelto olvidando á la esposa y sin pensar en vuestra hija?—le preguntó al hidalgo conmovido.

—Porque me acuerdo de ellas,—contestó—estoy resuelto á acometer á esa canalla. Soy padre, soy cristiano y á más soy hijodalgo. Ha llegado el momento indeclinable de marchar adelante ó de volvor la espalda vergonzosamente. Elegid, pues, hermano,

Ambos hermanos se abrazaron.

—Partamos pues, gritaron los hidalgos avergonzados de su cobardía.

El escuadron partió como una tromba.

Dejémosle marchar; sabremos pronto e resultado.

IV.

Serian como las doce de la noche cuando doña Maria se despertó angustiosa. La linda cabecita de su hija gravitaba en su pecho de una manera insoportable; apenas le era dado respirar.

—Por favor, Doña Elvira,—dijo á una vieja dueña que le había dado el pecho cuando niña y que estaba velándola,—apartad este peso que me abruma.

Y viendo que la dueña se apoderaba de la niña para llevarla hasta su cuna, se incorporó y la dijo:

—No hagais tal, Doña Elvira, dejadla aquí, á mi lado...

Un golpe de tos seca y fatigosa la obligó á reclinarse en la almohada.

Pasado un breve instante consiguió reponerse, é incorporóse nuevamente para insistir en su propósito, porque la dueña Doña Elvira no escuchó sus palabras ó quizá lo efectuó para prestar alivio á su señora; cuando escuchó un ruido que llamó su atencion de una manera podrrosa.

Pasos precipitados, aunque quedos, alientos fatigosos y reprimidos cuidadosamente, se dejaron sentir en la contigua cámara, que era la que habitaba Bartolomé de Bienvengud.

Doña Maria llegó á dudar de la fidelidad de sus sentidos y se pasó la mano por la frente, fijando sus miradas en las luengas cortinas de la puerta que creyó ver moverse; y en efecto, así era.

Una mano sangrienta y convulsiva apartó las cortinas de la cámara, y tras de aquella mano se mostró el rostro enérgico de un hombre, horriblemente ensangrentado, que trató de ocultarse al verse descubierto por la dama.

—¡Pedro, querido hermano mio!,—gritó doña Maria luego que conoció á aquel hombre.

—Creí que estábais durmiendo,—le dijo Pedro Bienvengud acercándose al lecho con temor.

—Pero, por Dios, decid....

—No os asusteis, doña Maria, mis heridas son leves.

—¿Que sucede?, ¿y mi señor esposo...?

—Calmaos, señora mia,—le dijo Pedro Bienvengud al observar á su cuñada dispuesta á abandonar el lecho.—Mi buen hermano,—continuó,—en el Concejo queda... y yo...

—¡Imposible! nunca os separais de él...

—He venido á curarme, he sido herido en duelo...

—¿Armado en guerra?, me engañais. Yo buscaré á mi esposo; algo de grave le sucede.

Y al pronunciar estas palabras, la cuitada señora se cubrió las espaldas y se arrojó del lecho con viveza.

Pedro de Bienvengud, unido á doña Elvira, se empeñó en detenerla, pero doña Maria burló aquellos conatos generosos pasando tras el lecho y abriendo una pequeña puertecilla por la que penetró en la cámara en la cual se encontraba Bartolomé de Bienvengud.

Terrible fué lo que la dama presenció.

Bartolomé de Bienvengud yacia en su lecho sin sentido.

No obstante los vendajes de que estaba cubierto el caballero, se escapaba la sangre por doquier de sus heridas numerosas.

Cuatro récias pelotas de arcabuz, tres anchas cuchilladas y una estocada junto al corazon, le tenian casi exánime y próximo á rendir el alma.

En su angustia suprema la dama se abrazó al hidalgo.

Un abundante vómito de sangre, que se mezcló á la sangre del herido, paralizó su aliento; pero ántes de cerrar sus bellos ojos, para no abrirlos más, juntó sus lábios cediciosamente con la boca marchita de su esposo, y exhalando su aliento en un suspiro, murmuró un nombre y espiró.

—¡Catalina!...

Fué el nombre que la dama murmurára.

El nombre de su hija.

En aquel mismo instante abrió los ojos Bienvengud y contempló á su esposa cadavérica.

—¡Señor, recíbela en tu seno,—murmuró—y haz feliz á mi hija...!

Tales fueron sus últimas palabras.

V.

—Tú que has sido testigo del combate, cuéntanoslo ocurrido, Vasco amigo; corren tales noticias que algunas de ellas deben ser patrañas. Tu dirás la verdad.

Tal dijo un pajecillo á un escudero bajo la ancha campana de una chimenea de la casa solar de Bienvengud, en donde se encontraban agrupados los pajes, las doncellas y demás servidores de la casa, en el siguiente dia del infausto suceso de que tienen noticia los lectores.

Vasco Rodriguez, antiguo mosquetero de galeras que habia estado en Lepanto, servia á Bartolomé de Bienvengud como paje de lanza y no le abandonaba nunca, sobre todo en momentos de peligro.

Tambien habia salido herido del combate.

Oigamos su relato.

"Al cargar á los moros marchaba en la avanzada Bienvengud, embrazando su lanza poderosa que en Flandes y en Italia hizo palidecer al enemigo.

A vista del ejemplo del hidalgo, tan récios golpes dimos y tantos berberiscos derribamos que llenos de pavor los miserables huyeron hácia el mar.